



Latitud 27

Revista de artes y ciencias sociales

Universidad Nacional de Santiago del Estero

ISSN: 2953-3783

Nº 3, Invierno 2023, Santiago del Estero, Argentina

<https://latitud27.unse.edu.ar>

Una versión de este texto se publicó en *Ciencia e Investigación-Reseñas* de la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias (AAPP), Tomo 3, Nº 1, 2015. Se reproduce con el acuerdo de la autora y la autorización de la AAPP.

LA TRASTIENDA DE LA INVESTIGACION SOCIAL. ACERCA DE LA “ÑATA CONTRA EL VIDRIO”

Catalina Wainerman

Escuela de Educación, Universidad de San Andrés

cwainerm@udesa.edu.ar

www.catalinawainerman.com.ar

Nací en Buenos Aires, en una familia de clase media, de padre ruso y madre argentina. De él debo haber heredado la meticulosidad y la insaciable curiosidad por el conocimiento, de ella, la energía para empujar y gestionar. Eramos tres hermanas. Desde que nacimos, no nos cupo duda: tras la escuela primaria y la secundaria –de donde debíamos salir maestras porque “nunca se sabe si una se casará o no y si tendrá necesidad de trabajar y ganarse la vida”- deberíamos ir a la universidad. Ni mi padre ni mi madre eran universitarios pero nosotras, las tres mujeres estábamos destinadas a serlo.

Salí de la secundaria maestra normal en 1951, en pleno peronismo, pero ya un año antes, a los 17, empecé a ganar mis primeros pesos dando clases particulares de matemáticas a chicos que se la “habían llevado” a examen para diciembre

o marzo. Me sentía incómoda de cobrar porque enseñaba lo que había aprendido sólo en la escuela, sin pasar por un profesorado. Pero necesitaba el dinero para pagar mis sesiones de psicoanálisis que por ese entonces empecé a consumir tratando de decidir mi vocación (¿arquitectura o filosofía?). Tras una escuela secundaria unisex, femenina y pacata, de la que la mayoría de mis compañeras egresaron para trabajar de maestras y armar una familia y pocas para entrar a la universidad, yo ingresé en Arquitectura en la UBA... como mi hermana mayor, como su novio, como un primo hermano y como otros seres que admiraba. Era una carrera con *swing*, no unisex como la mayoría de las de FFYL de la UBA. La vida social entre los estudiantes, y el trabajo en equipo abundaban, las visitas a la biblioteca, en cambio, eran escasas. La decisión no fue fácil, el primer año iba a clase en Arquitectura, en

Perú y Moreno, y de allí corría por Perú- Florida-Viamonte-San Martín para llegar a tiempo a clase en Filosofía y Letras. Tras tres años y medio de cursar Arquitectura, en medio de fuertes dudas y lento psicoanálisis, terminé migrando a FFYL sin saber todavía si estudiar Filosofía o Psicología, carrera recién creada (en 1957), pero sabiendo que no sería Arquitectura.

En primer año cursé las Introducciones -comunes a todas las carreras- y allí descubrí la Sociología (también recién creada), de la mano de Gino Germani. Recuerdo que lo abordé en la puerta de Viamonte y San Martín (sede de FFYL), al terminar una clase de su curso de Introducción a la Sociología, y le dije que quería saber más acerca de la Sociología, no a partir de leer sino de hacer. Lo escolté hasta Florida y Viamonte, sede de la Carrera y el Instituto de Sociología que él diri-

gía. Me propuso incluirme en uno de dos trabajos, la Biblioteca de la Carrera, que estaba en constitución (y que yo rechacé porque yo ya sabía qué era una biblioteca), o en una investigación que por entonces estaba llevando a cabo Ana María Eichelbaum de Babini sobre “Educación, familia y clases sociales”. Ana María me aceptó y ése fue mi bautismo de trabajo de campo social. Entrevisté a madres de sectores bajos (cuasi villa miseria) y de sectores medios acomodados indagando las pautas que ponían en práctica en la crianza temprana de sus hijos.¹ La experiencia de entrevistar mujeres de villa (una me respondió mientras amantaba a un “bebé” de algo más de tres años) y de clase media alta (otra me respondió con la cabeza dentro de un secador de pie cuasi profesional mientras se pintaba las uñas), me fascinó y me decidió a estudiar Sociología. Acercarme a Germani, ser escuchada y respondida, tuvo como resultado que hoy esté donde estoy. También que adoptara para siempre el escuchar a quien se acerque con curiosidad por aprender y trabajar, cualquiera sea su edad, sexo, color de pelo o piel, religión o ideología, siempre que parezca hacerlo con compromiso auténtico.

El ingreso a Sociología en 1957, que de hecho se materializó al año siguiente, tras cursar el ciclo introductorio, fue la consagración de varias cosas: mi ingreso definitivo al pensamiento moderno, el descubrimiento del pensamiento científico, y el conocimiento del mundo de la academia. Quedé sorprendida de las diferencias con el mundo de la Arquitectura donde docentes y ayudantes de trabajos prácticos y ayudantes y alumnos se trataban de usted; donde se creía que “se nace arquitecto” o no y donde ser un “buen arquitecto” coincidía con ser una “persona que vale” y, si no se nacía con el don, no se valía como persona. En la Carrera de Sociología

encontré docencia, investigación y extensión a la comunidad; una actividad incesante que comprometía a los estudiantes en la traducción y producción de bibliografía sociológica y antropológica en español (que hasta el momento no existía en el mercado local); en la catalogación del material que se conseguía por donación, canje y, eventualmente compra para la Biblioteca; había “orgullo de pertenecer” en un clima de librar una batalla por la sociología científica contra la filosofía social, batalla que encabezaba Germani -el único con estudios formales en Sociología (en Italia)- y detrás de quien se encolumnaban docentes “reciclados” de otras carreras -Economía, Pedagogía, Derecho, Filosofía y hasta Arquitectura-, y los alumnos que, además, al menos yo, asistíamos con entusiasmo al que tenían los docentes por construir ese mundo pionero y moderno. Participé de algún examen en el que Germani y los otros dos docentes que encabezaban la mesa discutían con entusiasmo acerca del tema sobre el que me habían interrogado y yo no encontraba espacio para hablar, a pesar de ser yo la examinada. Aprendí vivencialmente que la situación de examen puede ser también una de aprendizaje. Y por primera vez tuve la experiencia de asistir a clases en las que conocimiento e investigación iban juntos. Las de Germani, no demasiado didácticas por cierto en su organización formal, estaban plagadas de referencias a investigaciones propias y ajenas. El hecho era inédito para mí, que la docencia y la investigación fueran juntas. Por entonces empezó mi ingreso en la modernidad -psicoanálisis, cigarrillo, cineclub, reuniones superintelectuales en “la casa de Julio” de las que participaban pintores, músicos, escritores, psicoanalistas, fotógrafos, arquitectos, y porteños extraviados, en medio del humo impenetrable de los cigarrillos y “hasta que ardieran los candelabros”, es decir, a menu-

do hasta el amanecer-.

Pero LA CIENCIA era fundamental. ¿Pero qué ciencia? La que leíamos en los libros de Epistemología en la Carrera de Sociología: Popper, Cohen y Nagel, Hempel, y otros. ¿Y de qué ciencia hablaban y con cuál ejemplificaban? Con la Física, que se convirtió para mí, para nosotros, en el modelo (inalcanzable). Nos torcíamos y retorcíamos para que nuestros problemas de investigación pudieran ser abordados a la manera de la Física experimental y, aunque no lo logramos, seguíamos mirándola “con la ñata contra el vidrio”. Muchos años me llevó darme cuenta de que los problemas de la realidad social -que no me cabía duda son susceptibles de conocimiento científico- oponen otras y muchas dificultades y tienen otras características que los de la realidad natural. Y que si no podíamos “pegar la ñata contra el vidrio” no era por incapacidad de los sociólogos y sí capacidad de los científicos naturales sino porque, por ejemplo, a diferencia de las rocas -que los geólogos pueden medir vez tras vez sin mayores cambios, y aún mediando largos lapsos de tiempo-, los actores sociales en cada “medición” se modifican, aprenden, cambian. Esto significa que interrogados una segunda o tercera vez sobre el mismo tema, podemos damos respuestas algo diferentes porque, tras haber reflexionado sobre el tema la primera vez, puede que para una segunda le hayamos visto otro costado. Por otro lado, los seres humanos valoramos más la imagen que damos al otro que ser veraces en beneficio del avance del conocimiento científico. Por ejemplo, cuando un empresario es interrogado acerca de cuán dispuesto está a incorporar innovaciones tecnológicas en su empresa, responderá afirmativamente aún cuando personalmente lo rechace, porque en nuestros tiempos la innovación es valorada positivamente por la

cultura y al empresario le interesa más cuidar su imagen que ser fiel a la realidad. Es decir, la producción del dato en Ciencias Sociales opone muchas dificultades de las que, por cierto, no todos los investigadores sociales están conscientes y por eso toman datos producidos por otros, por ejemplo estadísticas de la OIT, las UN, el BID, el Banco Mundial, la UNESCO, etc, como si fueran válidas productoras, sin examinar cómo fueron producidos y sin tomar en cuenta que estos datos son “hechos sociales”, como bien lo muestra la manipulación a que están sometidos los datos sociodemográficos y económicos producidos por el INDEC desde su intervención en 2007.

Pero volvamos al período que viví entre 1957 y 1962, durante la mejor época de la historia de la UBA. Me invadía el entusiasmo por la tarea, la jerarquía basada en el conocimiento, el respeto al saber, la sensación de estar “haciendo cosas importantes”. Germani tenía claro que, con los recursos de que disponía, no podía llevar adelante una carrera de formación sólida, aunque fuera de grado. Recurrió al CONICET recién nacido, a sus múltiples contactos con instituciones académicas y con instituciones financiadoras en el mundo y trajo docentes de EEUU, Italia, Francia, Brasil, para dictar cursos intensivos de una semana a un mes -Rose K. Goldsen, Kalman Silvert, Alain Touraine, Aaron Cicourel, Ferrnando Enrique Cardoso, Enzo Faletto, Luis Costa Pinto, Leslie Kish, Peter Heintz, Johan Galtung, Bernard Rosemberg, Joseph Dumazedier, Albert Meister, S. N. Eisenstadt, Irving Horowitz, Paul Baran, y tantos otros-. Y nos impulsó y ayudó a conseguir becas para estudiar posgrados en el exterior. Y así me fui en 1964 a la Universidad de Cornell, con una beca externa del CONICET (en verdad una media beca porque la entera -del total de una y media- se

la otorgaron a quien era mi marido, también becario externo), de donde volví a fines de 1967 (un año después del golpe militar de Onganía y de la “noche de los bastones largos”) con el título de Master of Arts y la condición de candidata a doctorado avanzada (cursada completa, propuesta de tesis aprobada y por realizar en la Argentina). Y, casi nada, además un puesto de trabajo como investigadora de planta del Centro de Investigaciones Sociales (CIS) del Instituto Torcuato Di Tella (ITDT), es decir, el Olimpo de las Ciencias Sociales. A pesar de que estábamos a un año del golpe contra el gobierno de Illia y a un año de “la noche de los bastones largos”, el ITDT era una isla, o así parecía.

En EEUU adquirí para siempre la experiencia, las normas, valores y prácticas de la vida académica. Tuve la experiencia de estudiar a tiempo completo, con compañeros de muchos otros países que me sacaron del “parroquialismo” porteño, con las mejores bibliotecas a mi disposición, con docentes investigadores que eran, en general, malos docentes porque ya estaban orientados al *publish or perish* y, salvo excepciones, los alumnos eran una carga porque los premios de la academia no pasaban por la docencia sino por la investigación y su publicación. En verdad, más que la formación sustantiva, lo más importante que aprendí para siempre fueron aspectos de la profesión académica: cómo abordar un tema nuevo orientándome en el conocimiento del estado del arte al momento, cómo escribir un *paper*, hacer citas y referencias bibliográficas, armar un proyecto de investigación, diseñar un CV, solicitar subsidios para investigación, someter una ponencia a un congreso y un artículo a una revista, pedir (y más tarde escribir) cartas de recomendación, en suma adquirí la “socialización académi-

ca”. Y también aprendí estilos de dirección de tesis. En ocasión de mi tesis de Maestría mi directora fue Rose K. Goldsen, una de las docentes invitadas por Germani a Buenos Aires para dictar cursos intensivos en la carrera de Sociología, y una de las recomendantes para mi admisión en la Universidad de Cornell. Rose, una socióloga formada durante la depresión de los años 30 en EEUU, colega y coautora de Charles Wright Mills en Columbia University, fue/es mi maestra en investigación social. Y lo fue a la manera del “maestro calderero” en cuyo taller de oficio (como en el gremio medieval) forjé mi tesis de Maestría. Así y allí y con ella aprendí a hacer investigación, a preguntarle a la realidad, a escuchar su respuesta y a interpretarla a partir de su propia voz y no de la mía.

Tuve la experiencia, muy infrecuente en Ciencias Sociales y a diferencia de Ciencias Exactas, de que mi directora de tesis me incorporara al equipo de investigación que ella dirigía y que me diera el tema y el conjunto de datos a trabajar, parte de su propia investigación ya en marcha. Era la directora del equipo de investigación y mi tutora de tesis. Trabajaba sobre una problemática coyuntural: la rebelión estudiantil universitaria en Cornell, que fue simultánea con la que ocurrió en California y anticipatoria del mayo francés de 1968. La experiencia de realizar la tesis de maestría en las condiciones en que la hice, como dije, es habitual en Física, Química o Biología, pero no en Ciencias Sociales (aún cuando está cambiando para bien, pero muy lentamente). Me ahorré el “dolor” de elegir el tema de la tesis, etapa siempre de mucha ansiedad y temor, me beneficié de integrar un equipo, del conocimiento que ya se había acumulado y de ser dirigida por alguien interesada en lo que yo produjera porque era su tema. Pero además me beneficié

dela generosidad, entusiasmo, exigencia, calidad y buen humor de un ser excepcional como fue Rose K. Goldsen, uno de “mis personajes inolvidables”.

Muy otra fue mi experiencia con la tesis de doctorado, que se pareció a lo que es más general en Ciencias Sociales: elegir el tema por mí misma, tener un tutor “ausente” y tener que arreglármelas sola y en soledad, y a más de 10.000 km de distancia en la era pre mail, pre *skype*, pre PC, pre *scanner*, y ni qué hablar de fotocopia, o de teléfono (a precios inabordable), es decir, exclusivamente por correo postal que, con suerte, demoraba una semana de ida y una de vuelta. Mi tutor de doctorado había sido un “grande” años antes, y por eso lo había elegido, pero se había quedado, y no aceptó dejar de ser mi tutor (lo que le ofrecí no sin una fuerte incomodidad, argumentando que no deseaba distraer su valioso tiempo en un tema que no eran central para él en ese momento, cosa a la que se negó, probablemente porque siendo yo una alumna con prestigio, él no podía aceptar ser “dejado” aunque sí “dejar” a un alumno). La diferencia entre uno y otro modelo de dirección las sigo recordando vívidamente (para beneficio de mis tesis), al punto que no sólo adopté fervientemente el modelo Goldsen sino que convertí la cuestión de la pedagogía de la dirección de tesis y la formación de investigadores en la problemática de investigación que estoy desarrollando desde hace cinco años. Y, además, es lo que nutre mis recomendaciones a los estudiantes cuando se trata de elegir tutor: que sea alguien que trabaje y te dedique tiempo, y además, en ese orden, sea un buen conocedor de la problemática que investigarás.

Con el tema de mi tesis de doctorado -los cambios en las pautas

de tratamiento pronominal en la interacción diádica en el habla de Buenos Aires a lo largo de un siglo, es decir, los cambios en los usos del vos/tú y el usted, simétrico o asimétrico, entre interlocutores-, regresé en 1967 a la Argentina y me incorporé al ITDT en 1967 donde la concluí. Se trataba de una problemática de un campo disciplinar totalmente nuevo, la Sociolingüística, que trata de las relaciones entre la estructura de la lengua y la estructura social; un campo nuevo en EEUU y absolutamente en pañales en la Sociología en la Argentina, si bien no tanto en la Lingüística (caso de Ana María Barrenechea y sus discípulas). Había llegado a él gracias a un curso optativo que tomé en Psicolingüística con un profesor israelí, Moshe Anisfeld, visitante por un año en Cornell. Es decir, fue un contacto muy circunstancial, que pude no haber tenido, pero que orientó una parte muy importante de mi vida académica. Como parte del curso leí un trabajo de un psicólogo social y un filólogo de Harvard -Roger Brown y Robert Ford -que me hizo “tilín tilín”. Se refería a las formas de trato entre interlocutores en cerca de veinte lenguas indoeuropeas (no el castellano) que me evocó el *shock* que me había provocado unos años descubrir la generalidad del tuteo informal entre docentes, ayudantes y alumnos en la Carrera de Sociología (y en el mundo del psicoanálisis, en especial en el equipo de Enrique Pichon Riviere que frecuenté por entonces), en comparación con el trato de usted formal que dominaba en Arquitectura. Esa experiencia vivida, entrelazada con el artículo científico de Brown y Ford, fueron el disparador de una investigación de alrededor de cuatro años en los que estudié cómo y cuándo cambiaron las formas de trato asimétrico (vos-usted) entre interlocutores desiguales en términos de poder social (fuera en el ámbito laboral o en el ám-

bito familiar entre generaciones), al trato simétrico formal (usted-usted, que oculta o no “marca” en el plano verbal las diferencias de poder), al trato simétrico informal (vos-vos o tú-tú, que no sólo “marca” igualdad de poder social sino, además, codifica una familiaridad aparente o real. Mis fuentes fueron los diálogos contenidos en obras de cien años del teatro argentino, cuya acción transcurre en el ámbito porteño, además de una encuesta a hablantes de diferentes clases sociales en la Ciudad de Buenos Aires y la Ciudad de Catamarca, es decir, dos polos de modernidad-tradicionalismos cultural, en un mismo momento histórico, a comienzos de los '70.²

La novedad del campo disciplinar me enfrentó con una cuestión nada menor: la de la relevancia diferente de la agenda de investigación en EEUU y en la Argentina y en América Latina. Mientras en EEUU yo estaba desarrollando un tema de punta,³ en la Argentina tenía la sensación de estar investigando sobre “la uña del dedo chiquito del pie izquierdo”, en un contexto cultural en el que se valoraban temas de la escala de los “altos hornos Bessemer”. Yo me ocupaba de cuestiones de la cultura (aparentemente “livianas”) que, de paso, habían sido predilectas de los padres fundadores de la Sociología, en lugar de ocuparme de las acuciantes cuestiones (“pesadas”) de la infraestructura en la que estaban sumergidos la mayoría de los “sociólogos serios” en la región. La migración para y el retorno de estudiar viene con costos y consecuencias que no se reducen a formarse, viene con las diferencias de agendas de investigación valoradas en cada comunidad académica, más aún en tiempos anteriores a la furiosa globalización y homogeneización que vivimos hoy. Y también me enfrentó con la dificultad de insertarme en algún grupo de colegas con interés

en la temática en la que yo había trabajado varios años. Pasaron otros tantos años, si no más, hasta que asistí a la revaloración y al reconocimiento de los colegas sociólogos, y hasta de los economistas, locales y de los países centrales acerca de la importancia e impacto que tienen el mundo de los valores y las ideas, es decir, de la cultura (y la lengua es un fenómeno cultural), sobre el comportamiento de la sociedad y de los actores sociales. Este interés por el mundo de la cultura y de los valores me acompañó y me sigue acompañando a lo largo de toda mi historia de investigación, y de las diferentes temáticas que he abordado.

Como dije, había regresado a Buenos Aires, con trabajo y en un centro de investigación de excelencia. Amaba la docencia, pero en dictadura la enseñanza de la Sociología en la UBA estaba descartada. Decidí hacerla en otros lugares -el propio ITDT, que no auspiciaba la docencia en la propia institución, aunque sí seminarios y cursos breves que no daban diploma; en la Universidad de Belgrano, a la que migraron muchos docentes tras la noche de los bastones largos; y más tarde en el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES), que en los 70 se convirtió en la “universidad de las catacumbas” donde nos reuníamos científicos sociales que no podíamos hacerlo en otros lugares públicos sin despertar sospechas y persecución. Allí discutíamos avances de trabajos de investigación, se presentaban libros, se interactuaba a la manera de un club inglés. El IDES, una de las más antiguas instituciones de científicos sociales de la Argentina, fundada en 1960, a partir de un grupo de destacados economistas nucleados en la junta de Planificación, encabezados por Aldo Ferrer, Norberto González, Eric Calcagno, entre otros, llegó a convertirse en los 80 y por dos décadas, en mi “tercer hogar”, siendo

el segundo el CENEP. A él le dediqué mucho tiempo y energía integrando sus órganos directivos (hasta entonces inexpugnablemente masculinos) como secretaria de la Mesa Directiva por diez años durante la presidencia de Juan Sourrouille y la de Torcuato Di Tella, y directora del Comité de Cursos casi tantos, sucediendo a Gregorio Klimovsky, quien lo había sido por algo más de una década.

¿Qué enseñaba? A mi regreso de EEUU, empapada de investigación, tras constatar la escasez de sociólogos bien formados en la producción de conocimiento, decidí que el mejor servicio que podía prestar a la Sociología en la Argentina era enseñar a hacer investigación. Y a eso dediqué décadas de mi actividad docente hasta hoy, al principio mediante cursos de Metodología de la Investigación, y tras casi una década, a través de los Talleres de Tesis, que es donde creo realmente se aprende el oficio. Y eso lo aprendí en la Universidad de Belgrano, cuando trataba de guiar a estudiantes del Doctorado en Psicología Clínica (sin conocimiento alguno de la lógica de la investigación, por el contrario, formados en el “siento que” y “me parece que”), a diseñar y llevar a cabo una tesis doctoral. Descubrí que no teniendo el tiempo curricular para hacerles pasar por un curso de Metodología de la Investigación, y teniendo como meta que hicieran su tesis, había que trabajar de otra manera. “Inventé” trabajar como los grandes modistos, que, sin dibujar primero el molde y después cortar la tela, la echan sobre el cuerpo de la clienta y arman el vestido sobre ella. Para los colegas de las “ciencias duras”, que no separan la enseñanza de la metodología de la investigación de la enseñanza de contenidos sustantivos disciplinares, tengo que destacar que en Ciencias Sociales el modelo pedagógico es muy otro. La curricula de las Sociología y de

otras Ciencias Sociales abunda en cursos de Metodología y Técnicas de la Investigación Social y de Estadística **separados** de los cursos de contenido disciplinar sustantivos. En suma, la docencia -especialmente de posgrado- ha ocupado un lugar muy importante a lo largo de mi historia académica, si bien siempre con una dedicación de tiempo menor que la investigación. Desde hace cinco años junté ambas actividades: indago cómo se forman las y los investigadores, un área de vacancia en la pedagogía y en la didáctica en el mundo.

Pero vuelvo a 1967 y a mi ingreso al ITDT. Recién llegada de una universidad norteamericana, con el rol de estudiante doctoral pegado a la piel, sin tiempo suficiente para reciclarme y vestirme el rol de investigadora, alternaba mis sensaciones de orgullo narcisista por haber entrado al Olimpo con el miedo aterrador de que “se dieran cuenta” de que no estaba ni estaría nunca a la altura de los altos estándares académicos que creía se esperaba allí. Allí, en el Centro de Estudios Sociales (CIS), estaban Darío Cantón, Eliseo Verón, Ruth Sautu, Silvia Sigal, Esther Hermitte, Jorge García Bouza, Francisco (Pancho) Marsal, entre otros. Presidía el ITDT Enrique Oteiza. Además de gozar de elevados sueldos por hacer investigación a tiempo completo, tenía una oficina para mi uso exclusivo, una asistente de tiempo completo y medio tiempo de una secretaria-dactilógrafa, además de fondos para investigación. Al llegar fin de año, disponíamos de las tarjetas de felicitaciones para enviar a amigos y colegas en el mundo, diseñadas por Juan Carlos DiStéfano, estupendo artista plástico que formaba parte del elenco de los centros de arte del ITDT que funcionaban en la agitada vanguardista “manzana loca”, en Florida y Paraguay. Porque arte y ciencia iban juntas, los 60 fue-

ron una década maravillosa en que la creatividad estallaba por todas partes. Yo tuve el privilegio de vivirla en EEUU -con los Beattles, las canciones de protesta, la rebelión estudiantil (contra *la multiversity*, pariente del “mayo francés” y tema de mi tesis de maestría), la batalla por la integración racial- y en la Argentina con la experimentación en las artes plásticas, musicales, teatrales, por un lado, junto a la creación reciente de las instituciones científicas estatales y privadas -como el CONICET, el CONADE, el INTI, el INTA, por un lado, y el ITDT y la Fundación Bariloche- por el otro.

El paraíso duró poco. La opresión del gobierno militar y las amenazas a los practicantes (“subversivos”) de las Ciencias Sociales se hicieron sentir, si bien era sólo la antesala de lo que vendría en los 70. En cuanto a mi lugar de trabajo, ya en 1968/69, comenzada la era de las “vacas flacas”, los investigadores del ITDT tuvimos que salir a buscar fondos de investigación tarea para la que, incidentalmente, no habíamos sido formados en la universidad.

Por entonces y por esas razones, al tiempo que trabajaba en mi tesis de doctorado, que defendí en 1971 y publiqué en 1974,⁴ participé en un estudio sobre “El empresario argentino y la innovación” -junto con Ruth Sautu, economista y socióloga, colega del ITDT-que formaba parte de un programa de investigaciones diseñado (según tenía entendido en esos momentos) por Alberto Aráoz, investigador del Centro de Investigaciones Económicas (CIE) del ITDT, bajo el nombre de “Ciencia, tecnología y el proceso de industrialización argentino”.⁵ Otros estudios del programa -patentes, industria lechera, etc.- estaban en manos de economistas (Alberto Petrecolla, Federico Herschel, Javier Villanueva, el propio Alberto Aráoz, y las jóvenes pro-

mesas de la investigación Jorge Katz, Daniel Chudnovsky y Juan Sommer.

Como yo lo recuerdo hoy (quizás no siendo fiel a la realidad objetiva) participé de ese programa de investigaciones en respuesta a la necesidad de colaborar en la obtención de fondos para el ITDT, sin conciencia de las ideas en las que se insertaba el mencionado programa y que estaban circulando por entonces, y que en el MinCyT revive hoy. Me refiero al campo de la Ciencia, Tecnología e Innovación, Cuarenta y cinco años después, hace sólo un año, por razones absolutamente fortuitas y cuasi mágicas, revisé dicho trabajo y descubrí recién ahora en qué mundo de ideas se insertaba y la importancia de la temática para el país. En aquel momento fue para mí básicamente la ocasión de utilizar mi formación profesional en una investigación sobre una problemática de la realidad que, a fuer de sincera, me era totalmente desconocida (lo que no era el caso de Ruth Sautu).

Remarco la manera en que elegí el tema de investigación para mostrar los diversos modos como ocurre, al menos en Ciencias Sociales. Y lo hago porque la elección del tema de investigación fue para mí por muchas décadas una problemática inquietante. Alguien, o *alguienes*, me habían hecho creer que “se nace” con o para un tema de investigación, como se nace con un don, se lo tiene o no, similar a lo que muchos creían del don de arquitecto en la Facultad de Arquitectura de la UBA. Y yo no tenía el don, es decir, no tenía EL tema acuciante, que me enamorara, que me desvelara... más aún, no lo encontraba. Pero como “de esas cosas no se habla”, pasaron años hasta que descubrí que, así como no hay UNA única persona en el mundo de quien enamorarse (sino un perfil de personas) que, en caso de vivir en Tanganika, es posi-

ble que uno no encuentre y quede sin amor para toda la vida, tampoco hay UN tema sino que la elección del tema de investigación depende de un conjunto de circunstancias, sólo una de las cuales es el gusto personal, pero otras son producto de intereses, conocimientos y circunstancias histórico-político-económicas e institucionales.⁶ Esta cuestión, que me hizo sufrir mucho, y que sigue estragando a los estudiantes de Ciencias Sociales, a quienes muchos docentes les dicen que tienen que buscar “un tema que los enamore” porque van a dedicarle años de sus vidas, es una cuestión que trato de desacralizar entre los estudiantes bajándolos a la tierra y ahorrándoles sufrimientos.

En suma en el ITDT, entre 1967 a 1974, llevé adelante dos investigaciones -mi tesis de doctorado en Sociolingüística y un estudio que consideré en su momento ser una investigación aplicada (conocer las disposiciones actitudinales de los empresarios industriales argentinos hacia la incorporación de innovaciones en sus empresas) sin conciencia de estar colaborando en la apertura y desarrollo del campo de Ciencia, Tecnología e Innovación, que, como la Sociolingüística, también era de punta entonces. En ese mismo período (1971) me gradué como Doctora en Sociología (área principal) por la Universidad Cornell, con dos áreas secundarias, Psicología Social y Metodología de la investigación.

Llegados a 1974 se inició una nueva etapa en mi historia académica. El ITDT se achicó, y en ese movimiento quedamos afuera cuatro investigadores -Ruth Sautu, Alfredo Lattes, Zulma Recchini de Lattes y yo-. El clima político era tan hostil que nos planteamos irnos del país, tratando de insertarnos en nuestras respectivas alma mater en EEUU y en Inglaterra, o bien quedarnos de-

dicándonos a alguna otra actividad, o finalmente intentar quedarnos en el país haciendo investigación. Tras larguísimos cabildeos, decidimos intentar la tercera opción. Junto a otros cuatro investigadores jóvenes, casi todos salidos del ITDT, creamos el Centro de Estudios de Población (CENEP), institución privada, sin apoyo estatal de ninguna especie, por el contrario, a pesar de... y tratando de no ser visibles. El CENEP, que aún perdura hoy, a más de cuatro décadas de entonces, lo creamos como un lugar de trabajo para nosotros, un grupo de ocho que habíamos decidido hacer investigación y vivir de ello, juntando modo y medio de vida. No sabíamos entonces que estábamos creando una institución que habría de engrosar el Sistema de Ciencia y Técnica de la Argentina, como efectivamente ocurrió.

Más tarde se incorporaron muchos otros, *senior*, *junior*, estudiantes de posgrado, becarios CONICET, además de crearse la mejor biblioteca abierta al público y el mejor repositorio de datos documentales y estadísticos sobre la población de la Argentina del país. Una situación similar vivieron nuestros primos hermanos, el Centro de Investigaciones de Administración Pública (CIAP), que luego se divide entre el Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES) y el Centro de Investigaciones Sociales sobre el Estado y la Administración (CISEA), el Centro de Estudios Urbanos y Regionales (CEUR). Todos estos centros de investigación, surgidos hacia 1972/74 de un tronco común, el ITDT, constituyeron durante la dictadura de los 70 el refugio y, al mismo tiempo, el repositorio y caldero de la investigación social en la Argentina.

La mayoría de los ocho fundadores del CENEP éramos sociólogos, algunos con mayor formación en demografía -Zulma y Alfredo Lattes,

Nina Müller, Alejandra Pantelides-, en Economía -Ruth Sautu-, en Geografía -Carlos (Charlie) Reboratti-, en Sociología -Susana Schkolnik- y en Psicología Social -yo-. Para constituirnos como centro enfrentamos varios problemas: conseguir un aval institucional para gestionar fondos, conseguir una sede física, darnos una organización con sus normas y cultura institucional, diseñar una política de investigación. Lo hicimos todo, y en plena dictadura. El aval institucional lo tuvimos de la generosidad invaluable de la Fundación Bariloche (presidida entonces por Carlos Alberto Mällman), que nos posibilitó gestionar fondos y subsidios sin asociarnos a la institución (lo que nos salvó cuando la FB fue intervenida y prácticamente arrasada por la dictadura en los 70), y tener una sede física en Suipacha y Lavalle -que compartimos con la Camerata Bariloche. Era mucho para nosotros. De allí en más vinieron la organización, los propósitos y la política de investigación. Sin experiencia alguna en gestión de fondos nos lanzamos y logramos la ayuda de la Fundación Ford que nos dio (por dos períodos bianuales consecutivos) fondos institucionales para sobrevivir hasta tanto gestionáramos y obtuviéramos fondos para proyectos de investigación, cosa que logramos de diversas instituciones de Suecia, Noruega, Canadá, EEUU, incluyendo la Fundación misma.

La ayuda de la Fundación Ford como el de SAREC, el SIDA noruego, el IDRC canadiense, no fue ajena a la situación política que vivíamos. La dictadura sensibilizó a algunas instituciones que nos apoyaron especialmente debido a esa situación. El caso de la Ford, tan denostada por la izquierda universitaria en los 70, es digno de destacar. Ante nuestra solicitud, nos visitaron en Buenos Aires un consultor académico, Kalman Silvert -prestigioso politólogo

norteamericano, buen conocedor de América Latina y en especial de la Argentina quien, como antes mencioné, había enseñado en la Carrera de Sociología en la época de Germani-y representantes de la Fundación.

Nunca olvido la entrevista con Kalman Silvert. Su tarea era evaluar en qué medida éramos un grupo con la solvencia -conocimientos, experiencia y decisión de crear una institución- como para que la Fundación Ford nos apoyara. Además del "examen" académico al que nos sometió, uno de los más difíciles que enfrenté en toda mi vida académica, Silvert nos preguntó si sabíamos lo que implicaba llevar adelante un centro de investigaciones. Con irresponsabilidad juvenil y el fuerte deseo de "ganar" el sí de la Ford, asentimos. No había imaginado lo que significaría la pregunta de Silvert. Nunca imaginé que hacerlo supondría adoptar un modo de vida, no solo un medio de vida, en el que no hubo horarios, no hubo lujos, pero sí mucho, muchísimo trabajo y sacrificio, diseño de proyectos, presentación a subsidios, evaluaciones permanentes, calendarios estrictos, esperas angustiosas de resultados sin saber si sobreviviríamos económicamente o no, y no poder parar a festejar la obtención de un subsidio cuando ya había que empezar a diseñar el siguiente para mantener la cadena, es decir, el centro funcionando. Y todo esto en un país que no apreciaba ni buscaba ni consumía nuestra producción, que era sostenida desde fuera y para afuera. Muchas veces me sentí "el aprendiz de brujo" que no podía parar de hacer proyectos y proyectos para que el CENEP no sucumbiera, aún más allá de mis propias necesidades personales.

Tardamos dos años en diseñar y gestionar con éxito los primeros

proyectos; entretanto vivíamos de la docencia de posgrado en diversas instituciones, la consultoría en el INDEC, o para el gobierno de Panamá en cuestiones de población, todas actividades que estaban cerca de lo que queríamos hacer. El primer contrato que tuvimos fue para capacitar al personal de la Oficina de Estadística de la Provincia de Misiones cuyo secretario de Planificación quiso, con una claridad poco común, llevar a su personal de ser sólo “juntadatos” a ser además analistas de datos. Vinieron luego subsidios del IDRC, del SAREC, de la Fundación Ford, del Social Science Research Council (SSRC), de la OPS, y así siguiendo. No vinieron del Estado argentino, eso no ocurrió hasta después de 1983, cuando el origen de los fondos para investigación cambió sustancialmente y se hizo mayor el nacional que el internacional.

Llegados a los 80, con el advenimiento de la democracia, el mundo cambió. Entonces enfrentamos otra decisión crucial, si mantenernos fuera de la UBA o reinsertarnos. El esfuerzo penoso y exitoso de crear un centro de investigaciones merecía ser preservado y no teníamos seguridad de poder lograrlo dentro de la UBA. Largas discusiones muy constructivas terminaron en la salida de dos de los ocho, que hicieron su sede de trabajo en la UBA y que varios años más adelante fueron reemplazados por otros de afuera María Antonia Gallart, Rosa N. Geldstein, Martín Moreno, Félix Abdala, Marcela Cerrutti, Georgina Binstock, entre otros. Algunos pocos de nosotros ingresamos a la Carrera del CONICET, ahora permeable a las Ciencias Sociales, y ¡oh! maravilla, el conocimiento que producíamos empezó a ser demandado, utilizado y solicitado por el Estado, lo que, entre otras cosas no menores, significó para mí un cambio sustancial en la imagen de mí misma: ahora lo

que hacía tenía sentido, ya no sólo era la “aprendiz de brujo” que diseñaba proyectos, obtenía subsidios y producía informes (que terminaban en los archivos de las agencias subsidiarias, además de en algún artículo y/o ponencia) para escribir una nueva línea en mi curriculum que aumentara las probabilidades de tener éxito en los próximos subsidios, sin transferencia a la sociedad.

Ese deseo de transferir conocimiento útil a la sociedad estaba entre los valores fundacionales del CENEP. Y las circunstancias histórico-políticas lo hicieron posible. Como dije, en el origen nos dimos una agenda de investigación. Con la decisión de trabajar en equipo, en lo posible interdisciplinario, una de las líneas que elegimos fue la de la participación económica de las mujeres, es decir, la participación femenina en la fuerza de trabajo. La situación inequitativa de las mujeres en la sociedad era un tema de la agenda de los 70, de la que se hicieron eco las Naciones Unidas recogiendo preocupaciones de grupos feministas de dentro y fuera de la academia, orientando su gestión por esa agenda, y otorgando subsidios para su investigación.

Con un componente demográfico, uno económico y otro sociológico, diseñamos un proyecto con Zulma Recchini de Lattes y Ruth Sautu. El proyecto comprendía tres líneas: cuánto y cómo cambió la participación económica de las mujeres en la Argentina desde que existen registros censales hasta ese momento -1895, 1914, 1947, 1960, 1970- (a cargo de Zulma); qué características tenía la participación económica en los '70 desde el lado de la demanda (Ruth) y desde el lado de la oferta (yo). Vale aclarar que ya entonces, antes de que se hubiera consolidado la perspectiva teórica de género, nosotros llevamos a cabo nuestras

investigaciones en comparación con la población masculina.

Obtuvimos un subsidio importante del IDRC con la condición de que hiciéramos el estudio comparativo con otros países de la región con el doble objetivo de producir conocimiento y de formar recursos humanos en investigación en países con menor desarrollo que la Argentina. Así, llevamos a cabo los tres estudios en la Argentina, Bolivia y Paraguay, lo que tuvo el interés (y dificultades) de trabajar en una equipo internacional, con el condimento desafiante de que la comunicación se reducía al correo aéreo y a las eventuales reuniones presenciales de los tres equipos que liderábamos nosotros. El diseño y la dirección de la investigación eran nuestros, la ejecución, de cada equipo nacional.

Esta experiencia fue fundacional para mí, por primera vez trabajé con estadísticas de población, yo que hasta el momento había trabajado con individuos y grupos de carne y hueso, en contacto directo (mediante entrevistas) y textos (mediante análisis de contenido de obras de teatro), es decir, productos culturales documentales. Ahora me las vi con miles de cifras y cientos de cuadros y tablas. Fue un shock pero de esa experiencia adquirí para siempre la sensibilidad por indagar y cuestionar la calidad del proceso de producción del dato, tema poco presente en la conciencia de los investigadores, muchos de los cuales, como el vulgo, toman las cifras publicadas como veraces, por ser números, sin cuestionar quién, cómo y con qué cuidado se produjeron, sin conciencia, además, de que los datos, aunque estadísticos, son “hechos sociales” y no “naturales”, como lo muestra de modo paradigmático la triste experiencia de la intervención en la producción del INDEC desde el año 2007. Además, esta experien-

cia me introdujo en el abordaje de investigación cuantitativo que sumé al cualitativo que había practicado hasta entonces, tema que es fuente de intenso debate en las Ciencias Sociales desde los 70 y que ha dado origen casi a una batalla ideológica más que epistemológica.

Fue fundacional también en otro sentido. Aprendí que antes de estudiar los valores, actitudes, percepciones, motivaciones de actores y grupos sociales, conviene empezar por examinar sus comportamientos utilizando, cuando existen, los registros sociodemográficos o poblacionales disponibles, por dos razones, por una cuestión de economía y ética (explotar los datos ya existentes antes de salir a producir nuevos) y, por otra parte, porque los “datos duros” dan mucha información, si se los sabe “leer”, que permiten avanzar conocimiento, aunque en principio hipotético, sobre aspectos menos visibles como son los valores, actitudes, etc. que requieren estudios ad hoc. Es lo que he dado en llamar coloquialmente “conocer la base de la torta” antes de ponerle la crema y la cereza a una construcción de repostería que podría estar hecha con manteca rancia.

Los tres estudios que llevamos a cabo sobre la participación económica femenina fueron realizados con datos que existían (relevados por los censos de los tres países) y que no habían sido analizados antes. En el estudio que yo dirigí, sobre determinantes de la oferta de mano de obra al mercado de trabajo, los “datos duros” sobre apenas cinco variables como nivel de educación, estado civil, número de hijos en el hogar, edad y “condición de actividad económica” (ser “activa” o “inactiva”) me dio pistas acerca de que, para la época del censo de población de 1970 en la Argentina (y sus equivalentes en Bolivia y Paraguay),

la alta educación y la ausencia de compañero y de hijos (solteras, viudas, separadas y divorciadas sin hijos) “impulsaba” a las mujeres adentro del mercado laboral, mientras que la baja educación y la presencia de compañero y de hijos las “retenía” afuera. Nada así ocurría con los varones, sus tasas de actividad económica eran (son) independientes de su nivel de educación, situación familiar y edad, entre los 20 y los 60 años, la mayoría está (o dice estar, es decir así lo declara a los censistas) “ocupado” o “buscando trabajo”, es decir, ser económicamente activo para el censo.

Una serie de tabulaciones adicionales me permitieron entrever que detrás de estos comportamientos actúan los valores culturales que regulan la división del trabajo por género en la sociedad (el trabajo económico/remunerado para los hombres y el trabajo doméstico/reproductivo para las mujeres). Es decir, las más altas tasas de actividad económica eran de las mujeres “sin compañero” y “sin hijos”, de “educación primaria completa o menos”, cualquiera fuera el grupo de edad al que pertenecieran. En suma, los “datos duros” y “secos” del censo de población me permitieron asomarme a entrever fenómenos de orden cultural que regulan los comportamientos. De nuevo asoma la importancia de la superestructura (“liviana”) guiando comportamientos de la infraestructura (“pesada”).

Este hallazgo dio lugar a que me lanzara a un estudio al que dediqué treinta años ininterrumpidos de mi vida de investigadora desde principios de los 70 hasta mediados del 2010, iniciado con la participación de las mujeres (y los varones) en el mercado de trabajo y que se continuó con el estudio de la familia para terminar estudiando la interacción entre cambios históricos en la

composición por género del mercado de trabajo y los sucedidos en la estructura y dinámica de la familia. En ese camino trabajé con fuentes primarias -entrevistas individuales, “grupos focales” y experimentos de campo- y fuentes secundarias documentales y estadísticas. Entre las documentales, básicamente con los “rastros” producidos por cuatro instituciones sociales difusoras de ideología: la iglesia católica -encíclicas, pastorales, conferencias-, el derecho laboral y de familia -leyes, reglamentaciones, proyectos, discusiones parlamentarias, etc.-, la escuela primaria -libros de lectura-, medios de comunicación -revistas para la mujer y la familia-. Entre las estadísticas, censos y encuestas permanentes de hogares de toda América Latina y el Caribe. Al hacerlo, buscaba encontrar pistas acerca de las relaciones entre la superestructura -el mundo de la cultura y los valores- y la superestructura -el mundo de los comportamientos-, un tema que ha desvelado a los cultores de la Sociología durante décadas. Y al hacerlo incursioné en varios caminos y llegué a metas no anticipadas.⁷

Antes de continuar, quiero mencionar uno de los hitos de mi carrera que coincide con el inicio de este programa de investigaciones. El encuentro con Marysa Navarro, que tuvo lugar en el IDES, en la época de “las catacumbas”, en los 70, en ocasión de la presentación del avance de la investigación de algún colega. Marysa, historiadora española-francesa, latinoamericanista, docente en el Dartmouth College, venía con frecuencia a la Argentina para hacer investigación. Hablamos de mi proyecto de estudiar las orientaciones de valor de la iglesia católica, el derecho laboral y de familia, la escuela y los medios de comunicación masiva, uno que tenía el carácter de historia de las ideas, que me fascinaba y me asustaba porque no sabía

si tendría la capacidad para llevarlo adelante. Salimos del IDES “socias”. Juntas trabajamos seis meses codo a codo (con un subsidio Norte-sur del SSRC) sentando las bases del programa de investigación, y nutriéndonos mutuamente de los modos y abordajes de ambas disciplinas en medio de un clima exultante de aprendizaje. Tras esa experiencia, Marysa regresó a EEUU y a sus temas habituales -el peronismo, Evita- y yo continué el proyecto con sucesivas asistentes de investigación, hoy conspicuas sociólogas en la Universidad de Haifa (Israel) y en la UNSAM y la UBA en la Argentina.

Con mi investigación, logré describir bastante adecuadamente los fundamentos de los valores (hoy denominados) “sexistas” en nuestra cultura: en los libros de lectura desde comienzos del 1900 y hasta comienzos de 1980, “mamá amasa la masa” y papá “sale contento a buscar el sustento para su prole” como si la sociedad argentina se hubiera mantenido inmutable por décadas;⁸ en las leyes laborales del 1900 (Alfredo Palacios y otros) las mujeres, pero no los varones, son protegidas sobre la base de criterios eugenésicos, como reproductoras de las futuras generaciones; en la iglesia católica, para la cual mujeres y varones son diferentes (y jerárquicamente inferiores ellas) en sus capacidades físicas, mentales y emocionales en obediencia al “orden natural, nada de definición cultural; y en las revistas femeninas, ellas son objeto sexual o madres “por naturaleza”, tratadas como consumidoras de servicios para ambos roles, sin residuo.

Esta descripción fue más allá de abundar en el conocimiento de la realidad social. Ya en democracia, en 1986, sirvió de base para un despacho de la Comisión de Educación del Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires que propuso

“contemplar especialmente la eliminación de los estereotipos y modelos discriminatorios en la representación de lo masculino y lo femenino en los libros de lectura de las escuelas primarias y la necesidad de que los mismos reflejen la realidad actual de la sociedad argentina y especialmente de la Ciudad de Buenos Aires...”. Fue un caso en que una pieza de la política educativa del Estado fue formulada sobre la base de evidencias empíricas producto de investigación científica. Y fue el primer caso en mi historia de investigación en que tuve la evidencia de que mi tarea había sido útil.

Pero no fue el único. El programa de investigación sobre la participación de las mujeres en la fuerza de trabajo tuvo otros frutos muy jugosos. En 1979, cuando ya habíamos publicado resultados de las primeras investigaciones que hicimos en el CENEP sobre el tema, la CEPAL nos pidió a Zulma Recchini de Lattes y a mí, que indagáramos en qué medida los censos de población de América Latina y el Caribe estaban subregistrando la efectiva participación económica de las mujeres en sus estadísticas. El tema no era casual, respondía a las demandas que, como antes mencioné, alimentaban la agenda de la Naciones Unidas en materia de la condición femenina y de su invisibilidad social -década de la mujer y conferencias mundiales sobre la mujer-. Se trataba de una “consultoría de lujo”, como denomino a estas contrataciones que, por un lado, consumen conocimiento acumulado y, por otro, dan lugar a nuevo conocimiento. Tras examinar minuciosamente los materiales documentales censales -formularios, manuales de instrucción, manuales metodológicos, y las estadísticas laborales- recogidos en los 70 en toda la región, concluimos de modo irrefutable que adolecían de un subregistro diferencial por géne-

ro -en comparación con las cifras (testigo) metodológicamente más válidas obtenidas por las encuestas permanentes de hogares para varios países y estados/jurisdicciones que se habían relevado para las mismas poblaciones, en el mismo momento, con la misma definición conceptual de “trabajo” y de “condición de actividad económica”, pero diferente operacionalización-. Esto significa que muchas mujeres que aportaban su fuerza de trabajo para la producción de bienes y servicios para la sociedad, eran invisibles para las estadísticas económicas censales, lo que no ocurría con los hombres en iguales condiciones.

Esta constatación fue el inicio de un nuevo programa de investigaciones que se extendió por cinco años y que estuvo dedicado a identificar primero y a someter a prueba empírica después qué factores eran responsables del subregistro diferencial que habíamos constatado. Otra vez conté con el apoyo de la Fundación Ford para un programa que llevé a cabo en la Argentina y en Paraguay, en cuatro localidades, dos urbanas y dos rurales, similares en su estructura socioeconómica y con diferencias culturales importantes. Para entonces, comienzos de los 80, Zulma Recchini Lattes se había ido a EEUU contratada por las Naciones Unidas en su capacidad de demógrafa. Yo, me había quedado huérfana de colega con experiencia en manejo de datos estadísticos de población. Y ahí surgió la figura de un sociólogo joven que trabajaba en la Dirección de Estadística de Misiones, quien había sido alumnos de un curso breve que yo había dictado en Posadas. Martín resultó ser uno de esos alumnos que uno recuerda por su inteligencia, compromiso y diligencia. Martín Moreno aceptó mi invitación a venir por tres meses a Buenos Aires. Diseñamos el proyecto “Mejoramiento censal de la medición de

la mano de obra femenina”, que la Fundación Ford subsidió. A partir de entonces se mudó a Buenos Aires y, con los años, se incorporó al CENEP, llegó a ser su director durante un período, no sin antes haber sido director de la Dirección de Estadística del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

La investigación -extremadamente complicada, que involucró un diseño de experimento de campo, muy poco usual en Sociología, en el que se recogieron datos cuasi censales de 5000 hogares en las cuatro localidades mencionadas-, no sólo produjo conocimiento acerca de los factores responsables del subregistro sino, como consecuencia, permitió poner a prueba el diseño de un instrumento de medición (pregunta de la cédula censal) alternativo al utilizado durante décadas en todos los censos de la región y que resultó mucho más válido. El momento histórico-político que vivíamos a comienzos de los 80, con la administración de Ricardo Alfonsín, con un director en el INDEC (Luis Beccaria), economista, investigador, conector acerca de la producción y usuario él mismo de datos censales, hizo permeable la institución a los conocimientos producidos en la academia. Así fue como, de la mano de Alejandro Giusti (sociólogo, a la sazón, director del Área de Diseño Conceptual del Censo de Población de 1991), mis hallazgos se transfirieron al INDEC y, a partir del censo de población de 1991 se modificó la medición de la “condición de actividad económica” de la población, haciendo más equitativas las probabilidades de mujeres y de varones de ser visibles para las estadísticas laborales y, consecuentemente, para la sociedad. Junto a la algarabía por haber logrado la mejora de la medición, vino la profunda preocupación por la interrupción de la serie histórica de la medición censal de la

“condición de actividad”. Esto daría para una extensa disquisición y comentarios acerca de cómo se puede salvar el problema.

Más allá de la satisfacción de haber producido conocimiento científico, quiero resaltar que, en última instancia, más allá de los factores concretos que se mostraron responsables del subregistro estadístico, EL factor subyacente es de tipo cultural: la definición de la división del trabajo por género en la sociedad (que asigna a las mujeres el doméstico y a los varones el económico) era el telón de fondo de la definición conceptual y operacional utilizada por los censos (por sugerencia de la Oficina de Estadísticas Laborales de la Organización Internacional del Trabajo/OIT, organismo de la Naciones Unidas) y de la aplicación del cuestionario censal por los censistas. Nuevamente me encontré con el papel que juega la cultura y el mundo de las ideas en la vida social.

Dejo de lado por falta de espacio, referirme a otra consecuencia del estudio que acabo de comentar: la toma de conciencia acerca de la invalidez que acosa a las fuentes estadísticas. El primer proyecto de investigación que habíamos llevado a cabo en momentos de la constitución del CENEP con Zulma Recchini de Lattes y Ruth Sautu se basaban en datos censales... y ahora teníamos evidencias de que están amenazados de invalidez. Recuerdo una conferencia en la que Karl Von Fritsch, estudioso de las abejas, aconsejó a los jóvenes investigadores no apresurarse a publicar sus resultados porque, tras **veinticinco años** de estudio e investigación, había descubierto que, a diferencia de lo que había creído hasta entonces, las abejas discriminaban un rango de colores diferente del que había creído hasta entonces. Eran otros tiempos de la ciencia, cuando el

apuro por la publicación no estaba por delante de la curiosidad por producir conocimiento científico.

No puedo terminar esta Reseña, que continuaría gustosamente si no tuviera un límite de páginas, sin mencionar tres temas. Dos tienen que ver con la investigación y el otro con la formación de investigadores.

El primero se refiere a cómo continúa y se cierra el ciclo de treinta años de investigación que empecé con una preocupación por el trabajo femenino desde una perspectiva de género, siguió naturalmente con el estudio de la familia. Digo “naturalmente” porque, la constatación de que para las mujeres, a diferencia de los varones, “salir a trabajar” es una decisión estrecha e íntimamente ligada a la vida familiar me condujo del estudio del trabajo productivo al estudio de la familia, de su conformación y dinámica internas. En ese camino constaté que la institución familiar venía transitando cambios sociales de una magnitud comparable a los que se venían operando en la conformación del mercado de trabajo desde los 80, producto de cambios sociodemográficos y de valores que han dado lugar, sobre todo en los sectores medios, al crecimiento de las rupturas conyugales y de los hogares “ensamblados” o “reconstituídos” (producto de nuevas uniones de segunda y de tercera mano) en los que conviven los hijos de anteriores uniones de ella y/o de él más los de ambos, al de uniones consensuales no consagradas por el matrimonio legal, al aumento de los hijos extramatrimoniales, de los hogares monoparentales encabezados por mujeres y también por varones, al de hogares completos en los que son las mujeres y no los varones las jefas y principales proveedoras económicas, en medio de la extensión de la esperanza de vida y de los niveles de educación formal de las

mujeres, de la postergación de la edad para entrar en uniones conyugales, de la disminución del tamaño de la familia, ocurridos en el marco de una valoración del individuo por sobre la comunidad, de la realización personal por sobre las obligaciones sociales y comunitarias, de la flexibilización de las relaciones familiares y laborales, etc.

De los estudios que llevé a cabo sobre estas transformaciones concluí que la vida en familia en la Argentina, como en muchas otras sociedades, se ha transformado radicalmente pero está lejos de extinguirse. El modo de familia nuclear completa formada por una pareja conyugal e hijos solteros sigue siendo el más frecuente de los modos de vida en familia.⁹ Pero al mismo tiempo han surgido modos alternativos que atraen a muchos, y que probablemente no disten tanto del modelo tradicional de lo que distaba el que surgió con posterioridad a la Revolución Industrial, cuando se quebró la unidad de residencia de la vida familiar y la vida laboral y se produjo una verdadera revolución en la división entre trabajo reproductivo (dentro del hogar y a cargo de las mujeres) y productivo (fuera del hogar y a cargo de los varones). Pero con alguna diferencia. Probablemente los modelos alternativos del pasado tuvieron origen en imposiciones de nuevas realidades sociales y económicas mientras que las actuales parecen haber surgido, además, de una creciente libertad para decidir cómo se desea vivir, del entronizamiento de la individualidad, de la realización personal, en un contexto de creciente igualdad entre mujeres y varones, menor adhesión a y disponibilidad de redes de apoyo basadas en el parentesco y la comunidad, aceptación de la sexualidad fuera del matrimonio, también para las mujeres, de la transitoriedad de las uniones conyugales

y de la conciencia de la persistencia de la inequidad de género en diversas esferas de la vida en sociedad, incluida la que transcurre dentro del hogar.

De estas preocupaciones a la preocupación por la interacción entre las transformaciones según género en el mundo del trabajo y en el mundo familiar hay un solo paso. Este es el que di interesada en indagar de qué modo interactúa, por un lado, la creciente feminización del mercado de trabajo en la Argentina desde los 80 y la creciente masculinización de la desocupación y, por otro lado, la dinámica de la división del trabajo entre mujeres y varones en el ámbito familiar, además del laboral.¹⁰

En 1985, terminado este ciclo, cerré también el del CENEP, tras treinta años continuos de vida institucional, sede de mi trabajo como investigadora principal del CONICET, me jubilé ... e inicié una nueva etapa laboral en la Universidad de San Andrés como docente investigadora de planta en la Escuela de Educación. Una ex alumna (de las mejores que tuve en la Maestría en Educación de la Facultad de Ciencias Sociales-FLACSO), Silvina Gvirtz, creadora de la Escuela de Educación, me invitó para promover la investigación, diseñar el Doctorado en Educación y hacer docencia. Actualmente dirijo el Programa Doctoral, enseño Metodología de la Investigación en la Maestría en Educación, conduzco talleres de tesis, un Seminario Permanente de Investigación y un equipo de investigación sobre la Formación de Investigadores en el que se insertan varios tesis de grado, maestría y doctorado. La integración de tesis en un equipo reproduce mi modo de concebir la formación de investigadores, una que, como en el gremio medieval, se lleva a cabo en el taller de oficio

del maestro, en el que se transmiten los conocimientos codificados sobre el quehacer y, sobre todo, el no codificado y no codificable, que hace a la lógica de la investigación y a la creatividad. El tema es mi obsesión y se ha manifestado a lo largo de toda mi vida de investigadora y de docente bajo la forma de la reflexión y el relato de “la trastienda de la investigación”, eso de lo que no se habla en los artículos y libros académicos y que se refiere a la emergencia del problema de investigación y la etapa de darle forma desde “el magma original” a una idea “prolija y peinada”, con la que es posible abordar la realidad social para formularle una pregunta susceptible de una respuesta científicamente válida. La preocupación se me despertó en los 60, con el libro de Hammond, *Sociologists at Work* (1964) y se manifestó a lo largo de décadas en una sección sobre la “Historia de esta investigación” en mi tesis de doctorado, en un seminario para graduados que dicté por dos años seguidos en el IDES (invitando a sociólogos, politólogos, economistas, geógrafos, etc. a presentar cómo surgió el problema y cómo fue tomando forma en una de sus investigaciones) y que dio lugar al libro *La trastienda de la investigación* que compilamos con Ruth Sautu y que ya va por su cuarta edición revisada y aumentada; en el artículo “Hachas versus bisturíes en la investigación social. Cómo se hizo ‘La vida cotidiana en las nuevas familias’”, publicado en un dossier de la *Revista Política y Sociedad*, titulado *Sociologists at Work*, y, finalmente, en la Introducción “La historia de esta versión del Empresario” de *El empresario y la innovación* que habrá de publicarse en el curso del 2015 en la colección PLACTED del MinCyT y la Biblioteca Nacional, reviviendo el estudio hecho cuarenta y cinco años atrás con Ruth Sautu en el ITDT, cuando no sabía que su mentor intelectual

era Jorge A. Sábato.

Termino esta reseña con unas palabras que pronuncié en abril de 2014 en ocasión de recibir la distinción de personalidad destacada de las Ciencias Sociales de parte de la Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Bajo el título de "Educación, investigación y transferencia a la sociedad" dije:

" Sé que vengo trabajando en la actividad académica en las ciencias sociales ininterrumpidamente desde hace cincuenta años y que lo he hecho con compromiso, manteniendo altos estándares de calidad, de rigor y de exigencia, que me los he puesto a mí misma y a quienes trabajan conmigo como colaboradores, colegas, discípulos. Sé que he producido abundantemente en el ámbito del conocimiento, en temas de punta, vinculados muy estrechamente a problemáticas de la realidad, priorizando la posibilidad de su transferencia a la sociedad al mismo tiempo que buscando contribuir al conocimiento científico del más elevado nivel de excelencia. Sé que he formado a muchos, que a muchos he transmitido mi pasión por la investigación y en muchos he despertado, estimulado y acompañado vocaciones con rigurosidad implacable y humor, desacralizando la imagen acartonada de la investigación. En el hacerlo he descubierto que mi más profunda vocación es ayudar a desarrollar el pensamiento racional, instalar la capacidad lógica y una mirada irrenunciablemente crítica sobre la realidad social."

■ BIBLIOGRAFÍA

Alford, R.R. (1998) *The Craft of Inquiry: Theories, Methods and Evidence*, New York: Oxford University Press.

Hammond, J.L. (1964) *Sociologists at Work*, New York: Basic Books.

■ NOTA

- 1 Eichelbaum de Babini, A. M. (1965) *Educación familiar y status socioeconómico*, Buenos Aires: UBA, Serie Investigaciones y Trabajos del Instituto de Sociología.
- 2 Ver nota al pie 4.
- 3 Así me lo corroboró el mayor experto por entonces, Don Slobin, a la sazón docente de la Universidad de Pennsylvania, quien, tras leer una copia que le envié mecanografiada de la tesis, sin conocerme, me envió un comentario sumamente elogioso de una página y media de extensión, enseñándome en la práctica, al mismo tiempo, una norma de la academia que aprendí para siempre: el deber de comentar los trabajos de los demás, sean colegas o estudiantes.
- 4 *Pronominal Address Rules*, publicada en español como (1974) *Sociolingüística de la forma pronominal*, México: Trillas.
- 5 Sólo recientemente supe por Alberto Aráoz que la autoría intelectual del programa había sido de Jorge A. Sábato y de él la responsabilidad de su desarrollo.
- 6 Me hubiera sido útil que alguien me hubiera dicho, como leí en Alford (1998, 21) muchos años después, que "Ningún trabajo surge del aire, es un producto histórico basado en las tradiciones intelectuales que usted absorbió, en las teorías de la sociedad que aprendió {...}. Pero también refleja una serie de elecciones, casi siempre hechas con incertidumbre porque, por definición, usted no sabe lo suficiente como para hacer las decisiones correctas. La construcción de un argumento es un proceso

emocional así como cognitivo, una serie de saltos de fe, a veces apoyados en evidencia dura, a veces en simple especulación".

- 7 Fruto de estos años de investigación es una larga lista de publicaciones. Entre las principales me permito citar: "Empleo femenino y desarrollo económico: algunas evidencias", *Desarrollo Económico*, 17, 66, 1977, con Zulma Recchini de Lattes; "Marital status and women's work in Argentina: A cohort analysis", *Genus*, XXXIV, 3-4, 1978, con Zulma Recchini de Lattes; "Educación, familia y participación económica femenina en la Argentina", *Desarrollo Económico*, 18, 72, 1979; "The participation of women in economic activity in Argentina, Bolivia and Paraguay: A comparative study", *Latin American Research Review*, 15, 2, 1980; *El trabajo femenino en el banquillo de los acusados. La medición censal en América Latina*, México: Terra Nova, 1981, con Zulma Recchini de Lattes; "Unreliable account of women's work: Evidence from Latin American and Caribbean Censuses", *Signs*, 11, 4, 1986; "Incorporando las trabajadoras agrícolas a los censos de población", *Desarrollo Económico*, 27, 107, 1987, con Martín Moreno; "Making female labor force participation count in population censuses: Evidence from Paraguay", en Frank, E.; I. Sirageldin, y A. Sorkin (eds.) *Research in Human Capital and Development*, vol. 6, Greenwich, Conn.: JAI Press, 1990; *Improving the accounting of women workers. Lessons from Latin America*, Geneva: ILO, World Employment Programme Research, Population and Labour Policies Programme, Working Paper No. 178, 1992; "¿Crecimiento real o aparente? La fuerza de trabajo femenina en la Argentina en la última década", *Desarrollo Económico*, 34, 135, 1994, con Alejandro Giusti; "Female, work and fertility in Ar-

- gentina: Ideational orientations and actual behavior”, en *Proceedings of the International Population Conference*, Manila, 1981 ; “El mundo de las ideas y los valores: mujer y trabajo”, en *Del deber ser y el hacer de las mujeres*, México: PISPAL-El Colegio de México, 1983, Wainerman, Catalina; Elizabeth Jelin y María del Carmen Feijóo; *Mamá, ¿amasas la masa?*, Buenos Aires: Editorial de Belgrano, 1999, con Mariana Heredia.
- 8 Hay que tomar en cuenta que los libros de lectura eran/son un instrumento de introducción de los niños en la sociedad, de trasmisión de sus pautas, valores y funcionamiento, además de serlo de inicio en la lectura por lo que la inmutabilidad que presentaban era, en ese sentido, un instrumento “esquizofrenizante”.
- 9 También esta etapa de mi historia de investigación dio lugar a una serie de estudios y de publicaciones, la más destacable de las cuales es *Vivir en familia*, Buenos Aires, UNICEF-Lozada, 1994, obra en la que compilé investigaciones de varios colegas de la Sociología, Población, Historia, Derecho y Psicología.
- 10 De este período son fruto, entre otras, las siguientes publicaciones: “La división del trabajo en las familias de dobles proveedores. Relato desde ambos géneros y dos generaciones”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, 43, 2000; y los siguientes dos capítulos, “Padres y maridos. Los varones en la familia”, y “La reestructuración de las fronteras de género” que incluí en la compilación a mi cargo *Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica-Unicef, 2002.